

**DOS PARADIGMAS
EN LA TRAYECTORIA HISTORICA
DE LA SOCIOLOGIA
Y LAS
CIENCIAS SOCIALES**

JOSE LUIS VEGA CARBALLO

Desde una perspectiva que sea a la vez analítica e histórica podemos determinar el momento de la aparición de una ciencia, no sólo residualmente, —o sea, indicando cuando ésta tiene éxito en separarse de la filosofía— sino que siguiendo a Thomas S. Kuhn, preferentemente cuando un investigador o un grupo de investigadores introducen un nuevo “paradigma” para la interpretación del universo físico o sociocultural. Este paradigma, o esquema global de apreciación de la realidad, se presenta entonces como algo novedoso y revolucionario; pues intenta cambiar la óptica que se sostiene tradicionalmente sobre áreas importantes de esa realidad y viene a servir como un marco conceptual de referencia para la investigación y la teorización posteriores hasta que surja otro paradigma que, por así decirlo, lo “derroque” e inaugure otra nueva era de avance en la ciencia permitiendo solucionar problemas que

antes no podían ni siquiera plantearse adecuadamente. Thomas S. Kuhn insiste muchísimo en el carácter *revolucionario* de este surgimiento y desplazamiento de paradigmas en la historia de la ciencia y ve en este proceso la fuente principal de sus cambios cualitativos a lo largo del tiempo.

I

Según Kuhn la ciencia no avanza exclusivamente por medio de su propia "lógica interna", ni tampoco por la acumulación lineal de descubrimientos, observaciones o informaciones como muchos creen. Evoluciona y se transforma a través de crisis, de verdaderas revoluciones, que la alteran de arriba a abajo, iniciando nuevas eras para la investigación en las cuales se superan muchas de las dificultades de los esquemas tradicionales. Tal fue lo que, por ejemplo, sucedió con las contribuciones de Copérnico y Galileo quienes introdujeron modificaciones cualitativas en las antiguas concepciones sobre la estructura del universo y del movimiento sostenidas por Ptolomeo y por Aristóteles respectivamente. Lo hicieron casi en la misma forma en que la teoría de Newton sobre la luz y el color se originó en el descubrimiento de que los paradigmas tradicionales no explicaban adecuadamente la amplitud del spectrum y otros fenómenos observables. No hay pues, tal evolución gradual en ciencia y la transformación de la misma debe analizarse a la luz de los procesos concretos que marcaron el inicio, el desarrollo y el desplazamiento de paradigmas que se enfrentaron a la "ciencia normal" e hicieron indispensable la mutación o la ruptura que abriera todo un nuevo manojito de perspectivas. En su libro titulado *La estructura de las revoluciones científicas*, Kuhn propone también que, aunque el desplazamiento de un paradigma no es nunca absoluto, el viejo paradigma no desaparece pero llega a ser sólo una interpretación particular del universo, perdiendo su categoría de universalismo, en la disciplina de que se trate. Así por ejemplo, no puede decirse que la teoría de la relatividad de Einstein haya invalidado totalmente a la de Newton sobre la gravitación universal. La dinámica newtoniana puede todavía ser aplicada a la solución de algunos problemas de ingeniería y física y lo seguirá siendo; pues la misma teoría de Einstein confirma la rigurosidad con que ciertas predicciones pueden hacerse a partir de Newton; pero sólo si se satisfacen una serie de condiciones restrictivas importantes, ya que en altas velocidades relativas la teoría de Newton no garantiza la exactitud de esas predicciones. Mas la de Einstein no sólo abarca a la de Newton, sino que la redefine, especificando que se trata de un caso particular y señalando que los conceptos de Einstein son diferentes. Se observa aquí entonces cómo con cada surgimiento revolucionario de un paradigma cambian los conceptos o emergen nuevos, tal como sucedió en los casos de la transición del geocentrismo al heliocentrismo, o de los corpúsculos a las ondas de luz. En general, cuando emerge un paradigma, todos los estándares de observación varían, los conceptos se diferencian y polarizan, y los científicos cambian su visión del mundo. En la ciencia sólo los paradigmas o las redes conceptuales establecidas con claridad permiten una óptica definida y sistemática que agrupe a los científicos de una era alrededor de la solución de algunos problemas o de la discusión de algunos temas importantes, es decir, siempre existe lo que se llama "ciencia normal", aunque ésta sólo sea una construcción provisional o

precaria con la que una o varias generaciones de científicos trabajan sobre un cierto número de problemas hasta que el trabajo de ellos tope con algunos dilemas insuperables y de nuevo surja una revolución científica que entronice un nuevo paradigma. En la opinión de Thomas S. Kuhn son estas mutaciones revolucionarias de las visiones sistemáticas del mundo que sostienen los científicos, la fuerza motora que hay detrás de los cambios cualitativos en el desarrollo de las ciencias.

El conflicto de interpretaciones y no el consenso; el trabajo tenaz y fecundo del investigador genial y no la simple suma o acumulación de observaciones o descubrimientos; la duda metódica más que el consenso burocrático de los institutos; son factores que contribuyen en mayor grado a mover el aparato lógico e institucional de la ciencia. Por supuesto que en el campo de las ciencias sociales existe una diferencia.

Mientras que el físico o el químico tienen que ver cotidianamente con los cambios producidos en la materia inorgánica, el científico social ve afectadas sus perspectivas por el cambio social, consecuencia de las transformaciones de las estructuras sociales y de las actitudes culturalmente establecidas de la sociedad en que vive. El es parte de la sociedad en que vive y la definición que de ésta tienen las personas que conviven con él, y las variaciones que sufren esas personas y sobre todo los grupos a los cuales pertenecen, inciden directamente en los cambios de perspectivas que toma el científico social. En este sentido las ciencias humanas son producto, como bien lo decía Karl Marx, tanto del trabajo científico como de la circunstancia social del hombre. Además, afectan directamente, como ciencia y como práctica, a esa misma circunstancia contribuyendo a modificar sus leyes.

A diferencia del sociólogo, el físico o el químico no ven avanzar las nuevas perspectivas por el empuje de las fuerzas sociales y políticas en conflicto, ni por variaciones del estado de conciencia de las clases sociales. Los elementos naturales no pueden "definir" o "pensar" la situación en que se hallan. De tal modo que los paradigmas de las ciencias sociales dependen mucho de variaciones en las condiciones de vida y en las necesidades de las comunidades históricas, tanto como de la genialidad o visión particular de los investigadores, mientras que los "mapas" o paradigmas que guían la investigación de los científicos naturales dependen más frecuentemente de las concepciones o "redes conceptuales" que éstos manejan, que de cambios inducidos por las transformaciones empíricas del universo que aparecen directamente en el campo de la visión del investigador. En esta forma la óptica de la ciencia natural obedece a circunstancias que están un poco más allá de los embates sociopolíticos de las épocas; aunque por supuesto no se puede separar o aislar totalmente el trabajo de los científicos naturales de los esfuerzos y problemas que se desarrollan en el seno de las fuerzas productivas y en la sociedad global. Es cierto, como lo dice claramente Thomas S. Kuhn, que "los cambios en los paradigmas hacen que los científicos vean el mundo que investigan diferente". Pero añadiría que, en las ciencias sociales, muchas veces son los cambios del mundo histórico, y no de los paradigmas en sí, lo que hace directamente a los investigadores cambiar sus perspectivas o sus en-

foques, aunque los paradigmas tengan también allí una fuerza enorme en cuanto a determinar las posibilidades y la dirección de las investigaciones. Así, por ejemplo, la importancia que el conflicto tiene en los estudios sociológicos puede deberse a que la realidad social y política en sí se ha tornado conflictiva, mientras que en épocas de relativa estabilidad, los esquemas funcionales que parten de la suposición de que existe orden, equilibrio o estabilidad social pueden llegar a tener una enorme importancia.

Vemos, entonces, que no son razones de índole principalmente interna las que fuerzan el uso o el abandono de un esquema conceptual en las ciencias sociales, sino fundamentalmente, razones externas o de índole social. Las crisis de los sistemas antiguos de astronomía como el ptolemaico, no se debieron a catástrofes o a destrucciones de los cuerpos celestes, mientras que la crisis de una sociedad o la destrucción de un modo de producción o sistema social es una condición suficiente para que pierdan validez los paradigmas que servían para su interpretación y regulaban sus sistemas de interpretación. Hay que reconocer igualmente que los intereses políticos e ideológicos influyen poderosamente en la adopción y en el abandono de paradigmas en las ciencias sociales. Así, como ejemplo, la economía liberal ortodoxa, expresión de las necesidades del desarrollo y mantenimiento del sistema capitalista acostumbra tomar el orden existente por dado, por inalterable e inviolable, en razón de que está determinado por "leyes naturales" cuya violación tendría consecuencias catastróficas. La economía clásica liberal presuponía por tanto y entre otras cosas, que el sistema capitalista era casi eterno y que en tal sistema los intereses de los individuos y de las clases sociales estaban en armonía, o que eran reconciliables y negociables; que las tendencias del equilibrio se manifestaban constantemente y predominaban al final de todo proceso a través de un mecanismo homeostático de restablecimiento del statu quo; y, finalmente, que el cambio siempre tendía a ser gradual, adaptativo, evolutivo, pacífico.

Sin embargo, esta concepción puede ser atacada desde el punto de vista de que refleja condiciones históricas superadas o que nunca han existido con tal "pureza", las cuales si se toman como premisas para un paradigma, van a darnos una visión distorsionada del desarrollo histórico especialmente en este siglo. Esta es precisamente la acusación que le hacen frecuentemente los socialistas a las teorías del equilibrio y la competencia de los economistas liberales.

Marx ya había hecho una denuncia de este paradigma, especialmente con la concepción de que se trataba de un paradigma basado en la existencia de "leyes naturales", invariables e inviolables. En su *Crítica a la Economía Política* y en *El Capital*, pueden hallarse los planteamientos críticos frente a dicha concepción. Más aún, Marx puso al conflicto, al desequilibrio, al desajuste y a la discontinuidad como categorías básicas de su nueva economía y sociología. Se nota así que, partiendo de diferentes supuestos e intereses ideológicos, se llega a forjar un paradigma rival que según las condiciones históricas imperantes pueden tener enorme poder explicativo. Este problema, que se aprecia claramente en el desarrollo de las doctrinas económicas, tiene también su homólogo en todas las otras disciplinas sociales.

Concentrémonos ahora en la sociología.

La sociología nació como tal en el seno de la sociedad francesa de principios del siglo XIX como la ciencia de lo social por excelencia. Decía Karl Mannheim que la sociología fue producto de una gran crisis, y que entró en vigencia sólo cuando algunos individuos pusieron en entredicho el universo sociopolítico del capitalismo industrial, para mirarlo desde una perspectiva no institucionalizada, no comprometida y crítica. Vista en esa forma la sociología surgió como reflexión secular ante el problema del orden social y del cambio, tema que introdujo en el panorama intelectual europeo una gran crisis: la Revolución Francesa y sus consecuencias para el desarrollo del capitalismo. Aquí pareciera como si el gran impacto que sobre la sociedad europea occidental causara esta Revolución, hubiera abierto la posibilidad objetiva de que algunos intelectuales se plantearan las preguntas más significativas sobre problemas como la integración social, la estabilidad o el orden; o sea el dilema del cambio social evolutivo versus el revolucionario, de la estática versus la dinámica social. Fue tan grande la conmoción que desde sus cimientos sufrió la sociedad europea, y en especial Francia, que la ideología y la religión del "Antiguo Régimen" no pudieron servir más como fuentes para legitimar y justificar el estado de cosas existentes antes de 1789 y menos todavía después de esa fecha. Era necesario plantear el problema del orden, del desarrollo y de la decadencia de las sociedades, desde nuevas bases, desde bases seculares y científicas, diferentes de aquella mitología irracionalista y oscurantista que manejaban defensores de aquel régimen. Había que discutir el problema de lo social desde un punto de vista nuevo. El enfoque de la sociedad que se venía haciendo desde bases deductivas, legadas por la tradición dogmática y la revelación, debía ser descartado y en su lugar había que forjar una nueva ciencia, una ciencia positiva capaz de permitir un estudio sereno y desapasionado de las relaciones entre los hombres. A una nueva era, a una nueva sociedad debían corresponder nuevos enfoques, nuevos "paradigmas" que actuando como redes conceptuales sistemáticas pudieran dar cabida a una interpretación radical del mundo sociocultural. De ahí el surgimiento y el desarrollo de la sociología, disciplina que vino a unirse a la economía, ya que al tener el factor económico una gran primacía en los asuntos humanos, teórica y metodológicamente la economía aventajaba en mucho a la sociología cuando ésta apareció como tal diferenciándose de la filosofía, en tiempos de sus fundadores Saint-Simon y Comte.

Fue Augusto Comte quien siguiendo las ideas seminales de su maestro Saint-Simon, se consagró como el fundador de la nueva ciencia y quien le dio el nombre, dividiéndola en dos grandes categorías: La "estática social" que examinaría los problemas del equilibrio u orden social y la "dinámica social" que examinaría los problemas del desequilibrio y el cambio social. Comte fue el pionero, pero sucumbió ante sus propios propósitos, porque a pesar de su interés por erigir la sociología como ciencia positiva basada en la observación de los hechos sociales, terminó construyendo con ellos una especie de religión secular que viniera a servir como instrumento para fortalecer la solidaridad

dad y el equilibrio sociales. Incluso se fundaron algunas "iglesias" positivistas y el planteamiento comtiano se convirtió así en lo que precisamente quería superar: en religión y teología. Sin embargo, Comte dejó un legado importante al destacar, primero, la interdependencia funcional que existe entre las partes de la sociedad las cuales forman un todo y, segundo, la necesidad de considerar a ese todo como un sistema. Además, enfatizó la necesidad de aplicar el método científico en el estudio de la realidad social para que la observación, la experimentación y la comparación de los hechos sociales pudieran llevarse a cabo rigurosamente. Trazó así Comte la ruta que fueron a seguir discípulos franceses posteriores como Emile Durkheim cuya contribución a la sociología moderna fue de enorme importancia.

En Alemania, mientras tanto, la sociología recibía el aporte de Karl Marx quien, partiendo de premisas diferentes a las de Comte elaboró una construcción teórica que sirve en estos momentos como paradigma importante para infinidad de estudios sociológicos, económicos y políticos. Para Marx el problema fundamental no era el del orden sino el del cambio social, el de la revolución y la libertad humana, y esa preocupación la derivó en parte de Hegel, el filósofo idealista. Mientras que para Comte, la determinación del todo social estaba dada por la contribución de las partes interdependientes, o sea, por la manera como estas trabajaban para garantizar la estabilidad o el equilibrio social, para Marx, por el contrario, la determinación del todo está dada por la oposición y el conflicto entre las partes y más concretamente, por la lucha incesante entre las clases sociales que componen la sociedad. La misma sociedad es ante todo cambio, desequilibrio y el conflicto aunque como relación une, al mismo tiempo contribuye a introducir nuevas formas o relaciones sociales en diversas áreas de la estructura social. De ahí entonces que el problema del orden haya sido relegado por Marx a un segundo plano; pues su interés se centró siempre en el problema de la dinámica social y económica, y especialmente, en el posible cambio revolucionario de la sociedad capitalista del siglo XIX.

De Comte y luego de los aportes de Herbert Spencer parte la corriente sociológica denominada funcionalista y de Marx la dialéctica, y ambas constituyen dos de los paradigmas más importantes de la investigación sociológica moderna, aunque por supuesto no son los únicos. Así, que en vez de entrar a la historia de la sociología o de la antropología, tarea que nos llevaría lejos, veamos de modo sencillo en qué consisten estos dos paradigmas, cuáles son sus premisas y su contribución al entendimiento de la sociedad y del cambio, lo que en absoluto significa menospreciar a otros esfuerzos por entender la sociedad, sino tomar dos que son polares y que para efectos ilustrativos nos permiten ver cómo funcionan los paradigmas en la sociología.

III

El funcionalismo tiene sus raíces en el pensamiento biológico evolucionista del siglo XIX, especialmente en el darwinismo. La hipótesis central de esta teoría se refiere al hecho de que toda sociedad es un organismo social que tiende, al igual que su homólogo biológico, a sobrevivir manteniendo un

estado de relativo equilibrio frente al ambiente que si se altera produce la desorganización en el sistema. Para evitarla el sistema se defiende desarrollando una serie de mecanismos "homeostáticos" los cuales automáticamente comienzan a restaurar el equilibrio perdido; llegando así eventualmente a solucionar el problema de la sobrevivencia. El organismo, cuyas partes están íntimamente relacionadas, se supone que mantiene una especie de "interés" en equilibrarse o una propensión constante a preservar el sistema. Cuando esas partes juegan su papel y contribuyen positivamente al mantenimiento y estabilidad del sistema, se dice que son "funcionales" para ese sistema; si no lo hacen, que son "disfuncionales". En el caso de las sociedades esas partes reciben el nombre de "estructuras" o "elementos sociales" y éstas pueden ser, por ejemplo, papeles sociales concretos, organizaciones, estratos, estamentos, clases, partidos, grupos de presión, asociaciones, objetos culturales, actitudes, etc., o sea cualquier elemento significativo que juegue algún papel de importancia en el funcionamiento de un sistema sociocultural. Las estructuras son, por tanto, los "órganos" de la sociedad; las funciones serían las consecuencias observables que, para esa sociedad o sistema social, tienen lo que hacen los órganos o las estructuras que lo componen y mantienen su vida. El mismo tipo de planteamiento es aplicable a otros sistemas sociales de menor alcance que una sociedad: la familia, los pequeños grupos, las instituciones, etc. Para que el "organismo social" funcione en general sin altibajos, sin conmociones o crisis o sin discontinuidades que perturben en evolución, se requiere una integración de las estructuras sociales la que se alcanza cuando sus funciones son complementarias y se agregan hasta formar un todo coherente con una órbita de evolución estable bastante inmune a posibles "mutaciones" o revoluciones. De ahí que se considere que el estado "normal" de la sociedad sea el del equilibrio o de la integración funcional de sus partes y que el conflicto sea visto como una desviación, una transgresión y un atentado contra la misión que debe cumplir el todo social y contra el consenso que es necesario para que no se salga de la ruta prevista.

El conflicto aparece entonces para el funcionalismo radical, como algo ajeno a la estructura de la sociedad, un factor extraño que viene de fuera de ella, patológico en fin. Las desviaciones son proyecciones de los comportamientos anárquicos, erráticos o neuróticos de individuos o grupos que perturban la tranquilidad de los órganos y la paz del sistema y no una relación natural o necesaria emanada de la estructura y funcionamiento de la sociedad. Por supuesto, se reconoce la existencia de "disfunciones"; pero éstas cuando el sistema anda bien son rápidamente eliminadas por los mecanismos homeostáticos que restauran el equilibrio perdido y la armonía social. Las partes bajo estado de normalidad sólo pueden contribuir al bienestar del todo; la sociedad es el resultado de la integración y del consenso entre las partes u órganos que no pueden volverse contra el todo, cuando su objetivo es contribuir a preservarlo. Si la parte se "enferma", es decir, se torna disfuncional y altera el equilibrio debe ser reparada y puesta en orden o como dice Robert K. Merton, más elegantemente, sustituida por una "alternativa funcional". Porque el sistema como un todo, sólo admite en su seno con comodidad a fuerzas o funciones positivas, que trabajen con arreglo a un fin último y primordial: la preservación del orden, de la armonía, la abolición del conflicto,

la instauración de la cooperación y el consenso. Las perturbaciones serían, como sugiere Ralf Dahrendorf, "metasociales" y estarían más allá de lo esperable y lo aceptable. Como organismo, todo sistema social buscará pues eliminar a las partes y a los individuos que disminuyan la resistencia a la "enfermedad", al desequilibrio y a la subversión y que buscan la alteración de la paz o la insanidad social.

Como bien dice Dahrendorf en su obra *Sociedad y Libertad*, para los funcionalistas radicales, "el conflicto es por tanto, desde el punto de vista sociológico, un fenómeno arbitrario de perturbación del sistema cooperativo llamado sociedad. Esta es la lógica utópica, la lógica del tratamiento totalitario de los desviados; pero es también, al menos implícitamente, la lógica de todos los intentos científicos de explicación psicológica de los disturbios políticos, incluidas las afirmaciones sobre la relación entre el síndrome autoritario y la conducta fascista . . . o entre la personalidad neurótica y la orientación socialista". Esta incapacidad teórica del funcionalismo para admitir que el conflicto es, al igual que la estabilidad, un hecho sociológico que requiere explicación, ha sido en parte remediada por Robert K. Merton, quien acuñó el concepto de "disfunción" para señalar que dentro del mismo sistema social algunos órganos o partes pueden volverse un obstáculo para el logro de un equilibrio relativo. Pero realmente, en el fondo, el paradigma mertoniano nos deja insatisfechos, pues los conflictos son vistos como una categoría residual, es decir, que según Merton quedan explicados casi con sólo decir que son "disfuncionales". Una huelga, una manifestación callejera, una crisis institucional, una reforma de estructuras, obviamente no pueden explicarse adecuadamente con sólo decir que son fenómenos que no contribuyen al funcionamiento y mantenimiento de un sistema social. Bien poco se logra con eso desde el punto de vista de una explicación científica y sistemática. Es como decir que las causas de los conflictos obedecen siempre a agentes extraños a la situación, a individuos que son manejados o utilizados por otros más listos o mejor preparados con fines no previstos por aquellos y que, por tanto, la causa del conflicto y de la violencia siempre es ajena a la situación que se vivía antes del estallido de la misma. Esto, que es el argumento que esgrimen muchos grupos y políticos conservadores, deja sin explicación racional la aparición de la violencia y del conflicto como fenómenos de los cuales son responsables como agentes, tanto los que son blancos del conflicto, como los que fueron sus ejecutores directos durante la etapa de su desarrollo. Y aunque hubiera agentes provocadores extraños, lo cierto es que éstos no podrían lograr éxito si no existieron las condiciones previas favorables al conflicto, condiciones que como veremos son resultado siempre de la interacción social entre explotadores y explotados o entre dominadores y dominados.

IV

El esquema paradigma dialéctico, que se origina en los aportes que hicieron Hegel y Marx al pensamiento moderno, se opone al paradigma funcionalista, el cual no sin razón ha sido tildado de dar base a análisis conservadores de la sociedad y de ser un instrumento legitimador del dominio o la represión que ejercen las clases o sectores poderosos de nuestras sociedades con el

fin de mantener su hegemonía. Para el paradigma dialéctico el punto de partida del análisis sociológico es la variabilidad, el constante cambio y la mutación de las estructuras sociales. La fuerza y proceso fundamental que las impulsa es el conflicto y no el consenso. Hasta la violencia se concibe como la clave del desarrollo y de la decadencia o desaparición de las sociedades. Sin conflicto no hay movimiento; y como el mundo social es movimiento mismo ante todo, el conflicto es inherente a las estructuras sociales, especialmente si estas estructuras se basan en relaciones de dominio en las cuales una parte subordina y explota a la otra sin darle a ésta una compensación adecuada. Para los dialécticos el conflicto no es algo extraño al mundo social, es su impulso mismo, su energía, su catalizador. El equilibrio social no es más que una hipótesis subjetiva, sin arraigo en la realidad misma, alejada de la historia de las sociedades, una especie de construcción utópica o "meta-sociológica" que tiene más de aspiración que de descripción adecuada de la situación de la estructura social. Es especialmente descartada en las sociedades capitalistas en donde la lucha por la existencia es despiadada y donde los hombres deben competir incesantemente por infinidad de recursos escasos sin los cuales no pueden sobrevivir. Pues todo sistema de relaciones sociales en el cual se explota el trabajo de otros y se intercambian recursos escasos, toda sociedad en la cual predomine el principio de la explotación y la escasez, es un sistema explosivo en el cual puede surgir el conflicto social, de grandes proporciones, si los sistemas de autoridad se aflojan, si la división social del trabajo no funciona o si la distribución de los bienes es percibida como injusta. En tales condiciones en que los individuos luchan unos contra otros por mejorar sus condiciones de vida o por apropiarse de objetos o posiciones sociales escasas, hablar de la existencia de un equilibrio tiende a crear una falsa impresión de paz social allí en donde se lleva a cabo una guerra casi constante entre sectores hostiles y antagónicos. De ahí la afirmación de Marx de que los grandes fenómenos y las transiciones de la historia se derivan del conflicto de clases, y no del consenso y menos del papel de personalidades aisladas del contexto social de lucha por la sobrevivencia o por el mejoramiento del estándar de vida. Y la misma que se da en las sociedades rige para todos los grupos, instituciones u organizaciones.

La cooperación y la relativa estabilidad de una relación social o de una sociedad sólo resultan ser fenómenos transitorios producto precisamente del hecho de que las quejas o las agresividades acumuladas por los agentes históricos de cambio no hayan sido descargados. Por lo que puede pensarse que la paz social es sólo el resultado de políticas que mantienen los conflictos reprimidos o latentes, y por tanto, algo precario que lleva en su seno los gérmenes de su propia negación. No sólo se requiere el conflicto para el cambio, sino que la estabilidad que puede seguir al cambio es a veces función misma de la intensidad del conflicto que la antecedió, como sucede cuando dos partes luchan entre sí dando esto luego la posibilidad de una reconciliación cuando los factores que impulsaron el conflicto quedan desgastados o superados después de la contienda. De ahí que la misma explosión de un conflicto sea en muchas ocasiones el medio para su solución, el motor y la meta del cambio social, así como la posibilidad de lograr una cierta —aunque precaria— paz social.

Observamos, pues, cómo la tesis dialéctica trae al tapete de la discusión aquello que la funcional marginaba y veía como algo patológico: el conflicto. Mientras que para el funcionalista el conflicto aparecía como algo atribuible a la aparición de tendencias extrasociológicas o misteriosas que perturban el funcionamiento del sistema social estable e integrado, para el teórico de la dialéctica el conflicto determina el ritmo y la dirección del cambio, del movimiento social, de la materia misma de que está hecho el mundo sociocultural. En las palabras de Ralf Dahrendorf, "la capacidad explosiva de funciones sociales dotadas de expectativas contradictorias, la incompatibilidad de normas vigentes, las diferencias regionales y confesionales, el sistema de desigualdad social que llamamos estratificación y la barrera universal entre dominadores constituyen elementos de la estructura social que provocan necesariamente conflictos. Y de estos conflictos provienen siempre fuertes descargas sobre la velocidad, la radicalidad y la dirección del cambio social".

Una vez que se conoce la naturaleza de esas descargas de que habla Dahrendorf, la predicción con respecto a si se puede o no esperar la continuidad o discontinuidad de un sistema social se facilita y resulta menos aventurada que cuando se sostiene el supuesto de la estabilidad, la permanencia o la tendencia a abolir el cambio que se percibe en las tesis funcionalistas. Más aún: algunos autores como Georg Simmel, Sigmund Freud y Lewis Coser consideran que la misma integración o el consenso pueden ser producto del conflicto, y tanto Hobbes como Hegel habían percibido en sus obras que el grado de coerción política existente en una sociedad, y por ende el grado de estabilidad que podría lograrse en ella, dependían de la intensidad o grado de los conflictos latentes en el seno de esa sociedad que con dicha coerción se busca reprimir o "tapar". Así, por ejemplo, un gobierno fuerte y autoritario es generado siempre por una sociedad conflictiva, desmembrada o "invertibrada" como diría Ortega y Gasset. Y el consenso mismo puede resultar ser allí, al final de cuentas, más el producto de un temor ante la sanción o la represión, que un acto espontáneo y altruista de aceptación de las normas sociales o del Estado. La integración y la represión política estarían, así, definidas por el grado de conflicto subyacente, por lo que algunos teóricos sostienen que una teoría general del conflicto abarcaría a la funcionalista y la sobrepasaría en cuanto a su potencial o alcance explicativo. Porque por una parte, la estabilidad sería explicada como producto de un conflicto ventilado o dirimido y del acomodamiento posterior de las partes; y por otra, podría también verse como el resultado de un conflicto latente o todavía no manifiesto, que produce una tensión estructural la cual para ser contrarrestada puede requerir de la intervención de una fuerza mayor en el sentido contrario, a saber, de la represión o del drástico ejercicio del poder político una vez que cesa la eficacia de los mecanismos de manipulación y persuasión para dar paso al rompimiento del "pacto social" que existía con antelación. De este modo la teoría del conflicto explicaría a la del consenso ubicándola en una perspectiva específica y manejable científicamente.

En la actualidad la polémica entre los teóricos funcionalistas y los del conflicto continúa, y las investigaciones de ambos grupos ofrecen diferentes perspectivas y explicaciones del mundo y de los procesos sociales. Pero hay

un punto sobre el cual deseo llamar la atención. Es el siguiente que cualquiera que sea el paradigma que se desee adoptar como punto de partida y como guía de la investigación empírica y del pensamiento sobre lo social, no debe perderse de vista la noción de que los productos intelectuales, en la medida en que son parte integral del mundo sociocultural, guardan entre sí relaciones muy importantes. Mientras no se llegue a un esquema único de interpretación del universo social, vale la pena examinar sobre un problema concreto, tanto los trabajos de los funcionalistas como los de los teóricos del conflicto y de cualesquiera otros y observar con sentido crítico sus andamiajes o "modos de producción" intelectuales. Ya decía Max Weber con gran clarividencia que es muy difícil, en principio llegar a tener un paradigma científico unificado y definitivo para guiar la investigación social, es decir, una "teología social" a partir de la cual debamos todos pensar y actuar. Son muchas las tendencias ideológicas y las visiones del mundo contrapuestas o contradictorias en el mundo moderno y esa pluralidad de valores y perspectivas —que señala con tanta propiedad Karl Mannheim— es inescapable, por lo cual, posiblemente debemos conformarnos y adaptarnos a un mundo cambiante, en donde la variedad de puntos de vista, doctrinas y paradigmas en conflicto es la regla más que la excepción, y en donde especialmente los esquemas de trabajo de las ciencias sociales, van a seguir reflejando saludablemente dicha variedad, dándonos a lo mejor cada esquema una visión atrayente, significativa o crítica del universo social. De ahí entonces que debamos siempre movernos en ciencia por encima del dogmatismo y del unilateralismo: hay que estar sociológicamente abierto a la diversidad del mundo sociocultural, a su carácter contradictorio, a su inestabilidad que empuja fuerzas y tendencias contrapuestas, y al examen crítico de sus paradigmas. Lo que interesa ante todo es resguardar la investigación científica frente a metateorías irracionalistas y esencialistas que tanto han perjudicado el desarrollo de la sociología por mucho tiempo y evitar tanto el sectarismo como el eclecticismo estando conscientes de que no poseemos la verdad absoluta, aunque optemos por aplicar algún paradigma o por contribuir a desterrar otro. No se debe incurrir en las ciencias sociales en los mismos errores que se presentaron en otras disciplinas más avanzadas. Por otro lado, la lógica del método científico en sí es universal: no existe un método científico chino, soviético, o norteamericano; lo que varía es la estrategia de su aplicación y los paradigmas con los cuales se fecunda y desarrolla la ciencia. El principio de que la explicación sistemática debe orientarse según cánones y controles universalmente aceptados que nos ofrezcan el máximo de objetividad alcanzable, es un principio respetable y digno de ser mantenido como principio fundamental en el desarrollo de las ciencias sociales. La lógica de la investigación como tal, de la formación de conceptos y teorías, no difiere mucho al final de cuentas en las ciencias sociales y en las naturales, y a esto debemos atenernos cuando nos enfrentamos a investigaciones y teorías forjadas a la luz de los principios y axiomas de paradigmas antagónicos. Ante el dilema la pregunta clave aquí sería: ¿Con qué grado de objetividad, sistematización y control sobre los datos contribuyen tal o cual teoría o investigación a la solución de problemas fundamentales en el campo de las ciencias sociales o fuera de ellas en el campo de la práctica social, de las relaciones entre los hombres y las sociedades? Y hay que contestarse esta pregunta con absoluta integridad intelectual, con

el mayor escrúpulo posible, guardándonos siempre la más alta opinión para todo aquel trabajo científico que en sentido estricto ayude a introducir una nueva perspectiva, a reformar un paradigma existente o bien a contribuir a la aplicación creativa del mismo. No hay más que soportar la tensión que demanda el trabajo en el campo de las ciencias por su naturaleza de ser siempre abierto, provisional y sujeto a refutación, y no esquivar la responsabilidad de una decisión cuando lo requiere la investigación y la objetividad, aunque para ello hayamos de ser heréticos. Después de todo sabemos que la herejía ha cumplido un papel fundamental en el desarrollo de la sociedad moderna y de la ciencia misma, frente a los paradigmas establecidos.

Departamento de Sociología
Universidad Nacional
Heredia